

Jueves se metió en la cama,
 Viernes la sacramentaron,
 El sábado se murió
 Y domingo la enterraron.
 Y en una semana fui
 Mozo, viudo y casado.



V

GRANDE fue el éxito que obtuvo el viudito de veinte años en los salones de París y de Versalles, y las muchas cartas de la época que tenemos a la vista le presentan todas como un joven seductor que poseía entonces grandes cualidades y ofrecía para más adelante mayores esperanzas. Es fácil, sin embargo, que mucho contribuyeran a tan grandes ponderaciones la alta posición y el gran prestigio de que gozaba en la Corte de Francia el Embajador de España, desde que quedó sancionado en 1761 el famoso *pacto de familia*. Concedíasele el puesto de honor entre todos los diplomáticos, y honrábale el Rey Cristianísimo con grandes distinciones. Para él no había

puerta cerrada en Palacio, ni día señalado para hacer la corte a la familia Real, como para los otros Embajadores lo estaban los mar-tes. Pagábale el Rey casa en Versalles y en todos los sitios Reales, y a ellos podía seguir o no seguir a la Corte, según fuese de su agrado. Supo el Conde de Fuentes aprovecharse bien de todas estas ventajas, y su intimidad con la familia Real llegó a ser tan grande, que todos los días se guisaba en casa del Embajador el *puchero* para la reina María Lec-zinska, y con mucha frecuencia guisábase también la famosa *olla podrida* española para Mesdames las hijas del Rey. «No se puede ponderar bien, dice el Duque de Villahermosa en su Diario, lo estimado que está Pignatelli en París. La Reina le dice que no quisiera que se fuese nunca, y desearía tenerle siempre consigo. El Rey le honra mucho, y porque dejó una noche de cenar, el Rey y la Reina le riñeron, temiendo no le hiciese daño. Generalmente todos le aman, estiman y veneran, y nadie habla mal de él. Es un hombre en quien nada cae mal: todo en él es gracia. Da muchos días de comer, y le oí decir a madama de Saint-Constantin, que ningún Embajador de España había dado tanto hasta ahora, siendo cierto,

como todos saben, que se ha rebajado el sueldo una tercera parte.»

Estos gastos y prodigalidades que la alteza de su puesto requería, unidos a la merma del sueldo y al abandono natural del Conde, fueron grande parte para quebrantar la casa de Fuentes, más ilustre que opulenta, y hacían de la residencia de los Embajadores una mansión verdaderamente señorial a la moda francesa de la época, conjunto de lujo y de despilfarro, de elegancia y de desorden; porque no era el padre de Mora de aquel vigoroso temple de los Pignatelli, más aragonés que italiano, que produjo hombres como sus dos hermanos D. Ramón y D. José, gloria el uno de su patria y ornato el otro de la Iglesia. Fuentes era, por el contrario, más italiano que aragonés, hombre de mediano talento, natural blando y para sus intereses abandonado, y tan sólo gran perito en el difícil arte de agradar y amoldarse a todos los caracteres y a todas las circunstancias más ventajosas: cualidad estimable en sus resultados, pero peligrosa en su práctica, por las transigencias no siempre decorosas ni lícitas a que de continuo provoca. Y de aquí, sin duda alguna, que siendo Fuentes bueno y católico práctico, aunque tibio, apareciese en su

época como uno de aquellos grandes señores *éclairés* del modo de Villahermosa, aunque con una muy fundamental diferencia; porque es indudable que la falsa filosofía dió un gran paso al declarar a la fe hija de la simplicidad y la cortedad de alcances, pues que con esto reclutó lo que podríamos llamar su estado llano, su plebe vocinglera, entre los necios y las medianías que creyeron encontrar un diploma de ingenio y de talento haciendo alardes de despreocupación, y los astutos que, comprendiendo bien las corrientes de la época, hicieron por cálculo la misma jugada. A estos últimos perteneció Villahermosa; mas el Conde de Fuentes, y aquí está la diferencia esencial entre ellos, sin dejar de pertenecer a los segundos, perteneció también a los primeros.

No era, pues, el Conde de Fuentes el padre más a propósito para guiar a un hijo como Mora por el intrincado laberinto de impiedades y de vicios que ofrecía el París de entonces, y la Condesa, por su parte, participaba del abandono y dejadez de su marido, y aumentábaselos en gran manera la traidora enfermedad de pecho que lentamente la minaba, y que había de llevarla al sepulcro antes de tiempo. Fue esta señora de mucha hermosura

y honradez, mas harto contemporizadora con las livianas costumbres y malas gentes de su época, y tan amiga del trato de éstas, que arrastraba por los salones sus enfermedades y sus penas, secundando con su mucha discreción los trabajos diplomáticos del Conde de Fuentes. Fue gran amiga de Rivarol, y una de las ilustres damas que introdujeron en la alta sociedad de París a este elegante, bello y despierto aventurero que, ocultando tras un condado postizo la posada de *Los Tres Pichones*, de que fue dueño su padre, logró ser uno de los más *espirituales persifleurs* de los salones.

También tuvo grande amistad con aquel famoso y corrompido abate Galiani, encarnación del chiste volteriano en la astucia italiana, que, regalando a Benedicto XIV su curioso muestrario de materias volcánicas del Vesubio, escribió sobre la caja: «*Beatissime Pater: fac ut lapides isti panes fiant*» (1). En Septiembre de 1770 escribía Galiani desde Nápoles al Duque de Villahermosa: «He propuesto seriamente a Lersale que se venga a Nápoles, trayéndose cinco o seis buenos amigos. Fuentes puede venir a ver sus fincas; Egmont y su fa-

(1) Santísimo Padre: haced que estas piedras se conviertan en pan.

milia sus feudos; vos veréis la Palata y Gayano; la Condesa de Fuentes encontrará aquí a Rivarol, a Gleichen, a Milizern y a mí, que estamos ya aquí, y podríamos figurarnos un pequeño París en Nápoles. Nos haremos la ilusión de estar en una quinta de los alrededores de París, y jugaremos al *wisk* todo el día... ¿Qué tal vuestros estudios, vuestra metafísica y vuestra política? ¿Seguís emborronando libros que nunca aparecen? ¿Habéis resuelto el problema de si la fortuna es un efecto del acaso, o del talento del hombre, o de alguna inteligencia oculta e invisible, que se constituye en su buen o mal genio?... Yo he creído siempre que la fortuna en el mundo es efecto del azar; con las mujeres, del talento, y en el juego efecto de los malos espíritus, porque imposible es que en un solo año me haya ganado la Condesa de Fuentes tres mil doscientas cuarenta libras, franco tras franco, sin que el diablo, el diablo más maestro de todos los diablos, se haya metido en ello.»

No se crea por esto que la Condesa de Fuentes tuviera en particular el feo vicio del juego; era este vicio general en todos los grandes señores franceses de aquella época, desde tiempos de la Regencia, y no escandalizaba enton-

ces aquel hecho monstruoso de la Princesa de Valois, hija del Regente, joven de diez y ocho años, que atrevesando la Francia para reunirse a su prometido esposo el Duque de Módena, llevaba delante banqueros que le preparasen la partida en las posadas, para pasar la noche jugando. «Las tertulias de París, dice el Duque de Villahermosa, empiezan a las nueve y de seguida se juegan una o dos rondas. Se interrumpe el juego para cenar, dejándolo en el estado en que esté, y después se vuelven a emprender las partidas y se siguen jugando otras, regularmente hasta las cuatro o cinco de la mañana.»

Vivían los Condes de Fuentes en París, en el hotel Soyecourt, calle de la Universidad, y en el segundo piso vino a alojarse el Marqués de Mora, en compañía de su futuro cuñado el Duque de Villahermosa, agregado entonces a la Embajada española, y D. Fernando Magallón, Secretario de la misma, hombre alegre y vividor, y amigo de todos los filósofos en boga con los cuales puso al punto en contacto al apuesto viudito, como ya había hecho antes con Villahermosa. Estos dos buenos compañeros fueron los mentores en París de aquel nuevo Telémaco, que bien pronto pudo dar lec-

ciones en todos los terrenos a sus experimentados maestros.

No datan, sin embargo, de esta primera estancia del Marqués de Mora en París, que debió prolongarse hasta fines de 1766, ni sus intimidades con los filósofos, ni sus desdichados amores con Mlle. de Lespinasse, a quien sin duda no conoció hasta algo más tarde. El salón de la Lespinasse, luego tan célebre, comenzaba entonces a echar sus cimientos, y no era el más a propósito para ser preferido por un mozo de veinte años, libre del matrimonio, como el perro de la cadena, y ansioso de goces algo más positivos que las satisfacciones de la vanidad, compradas al precio de la apostasía de la fe y las tradiciones patrias. Esto debía venir más tarde, como en efecto vino, a la manera que tras la hinchazón viene el pus, y tras el pus la gangrena.

Los triunfos del Marqués de Mora fueron entonces en los salones de la aristocracia, y sus primeras y brillantes armas hízolas en casa del Duque de Choiseul, en aquella famosa galería que describe Mme. Du Deffand en sus cartas a Horacio Walpole. «Los Choiseul, dice, abrirán su casa el domingo próximo y yo iré rara vez; reciben en la galería, que no sé

si recordaréis. Es tan enormemente grande, que se necesitan setenta ú ochenta bujías para alumbrarla. En el centro hay una chimenea, con grande fuego siempre; en los extremos dos estufas, y los sitios intermedios quedan hechos verdaderas neveras; de modo que, o es cosa de achicharrarse acercándose al fuego, o de helarse sentándose lejos. Va muchísima gente, y se reúnen allí todas las beldades jóvenes y los caballeros de todas edades. Han puesto en medio una gran mesa, donde se puede jugar al mismo tiempo a toda clase de juegos; esto se llama ahora *une macedoine* (1). Hay también mesas separadas de otros juegos, y tres o cuatro *trictracs* que rompen la cabeza. No sé si vuestras reuniones se parecerán a éstas; si así es, supongo que iréis pocas veces. Yo nada encuentro peor que esta algarabía, como no sea estar sola.»

Complaciáanse los Fuentes en estos triunfos de su primogénito, y empujábanle temerariamente ellos mismos en aquella vida de disipación y de placeres, pensando distraerle y consolarle de la imaginaria pena de su viudez, y proponiéndose al mismo tiempo hacerle con-

(1) Guiso compuesto de diferentes legumbres o frutas.

traer un segundo matrimonio brillante y lucrativo con la hija única del Conde de Egmont. Mas hallábase Mora hartó a su gusto, viudo y libre, para pensar en nuevo matrimonio; y terminada, al fin, la licencia que para estar separado de su regimiento tenía, fuéle preciso, con hartó sentimiento suyo, volver a Madrid a principios de 1766, donde fué recibido con los aplausos y honores que se tributaban entonces a los que habían *escupido en Francia* y volvían a la madre patria transformados por completo, haciendo alarde de los vicios e impiedades de la sociedad francesa, lo mismo que de las casacas con tontillo y las pelucas a la Panurge, y encajando por completo en aquel otro molde que trazó Jovellanos en su epístola a Arnesto:

¿Será más digno, Arnesto, de tu gracia
Un alfeñique perfumado y lindo,
De noble traje y ruines pensamientos?
Admiran su solar el alto Auseva,
Linia, Pamplona o la feroz Cantabria.
Mas se educó en Sorez; Paris y Roma
Nueva fe le infundieron, vicios nuevos
Le inocularon; cátales perdido.
Ya no es el mismo. ¡Oh, cual otro, el Vidasoa
Tornó a pasar! ¡Cuál habla por los codos!
¿Quién calará su atroz galimatías?
Ni Durmasais ni Alderete le entendieran.
Mira cuál corre en polisón vestido,

Por las mañanas, de un burdel a otro,
Y entre... rufianes bulle.
No importa; viaja incógnito con palo,
Sin insignias y en frac: nadie le mira.
Vuelve, se adoba, sale y huele a almizcle
Desde una milla... ¡Oh, cómo el sol chispea
En el charol del coche ultramarino!
¡Cuál brillan los brillantes carmesies
Sobre la negra crin de los frisones!
Visita, come en noble compañía,
Al Prado, a la luneta, a la tertulia,
Y al garito después...

